



LA COLEGIATA DE VITORIA.

Todavía se ignora la verdadera época de la fundación de este suntuoso templo que tanto adorna y embellece á la culta capital de Alava, y que tan de lejos distingue el viajero por cualquiera de los varios y bien conservados caminos que conducen á la misma.

Lo único que se sabe es que cuando concedió á Vitoria el Rey D. Sancho el Sabio de Navarra el fuero de población, había diversas iglesias en la antigua villa de Suso ó Gazteiz, y se cree que la Colegiata de Santa María fuese una de las que en plural menciona dicho fuero.

Garivay dice que este templo existía antes de la conquista de Vitoria por los Reyes de Castilla en 1200 y conviene tal noticia con los documentos que se conservan en su archivo. El 14 de febrero de 1498, en virtud de Bula de S. S. Alejandro VI, se trasladó á la iglesia de que tratamos la Catedral de Armentía, pueblecito hoy insignificante, á media legua de Vitoria y casi tocando con la carretera de Francia.

En el tomo 3.º de la historia del país Vascongado, libro 4.º, se dá extensa noticia de cuanto precedió hasta el

referido año de 1498, relativo á este insigne templo, y en los apéndices de la citada obra se copiaron á la letra la Bula de que hemos hablado antes, conseguida á solicitud de los Reyes Católicos.

El elevado sitio en que se tuvo el buen gusto de edificar aquel, contribuye no poco á que luzca mas si cabe, su sólida, elegante y esbelta arquitectura; pero sobre todo la torre, como verán nuestros lectores en el grabado, es hermosa y construida en el siglo XVII, con los mayores perfección y gusto: su mole y los florones de los ángulos, la dan un aspecto muy majestuoso é imponente.

También es digno de ser admirado y estudiado el anchuroso pórtico sobre que descansa y estriba dicha torre, el cual acaba de cerrarse con una bonita verja de hierro al hacerse otras varias obras y reparaciones para la preparación é instalación de la Catedral y nuevo Obispado que se estipularon en el último Concordato.

El interior consta de tres magníficas naves sustentadas por columnas y rodeada la parte superior de corredores que

21 DE DICIEMBRE DE 1856.

revelan la antigüedad de la obra, y el estilo ogival florido de su atrevida arquitectura: tiene diez y ocho altares de buena talla, especialmente el principal dedicado á la Reina de los Angeles en su Asuncion gloriosa á los cielos; y ademas hay contigua una capilla con cuatro, titulada de Santiago, que fundó el Ilustre Caballero Martin Fernandez Abaunza, cuyo sepulcro existe aun.

En este templo se celebran todas las funciones del Ayuntamiento y de la Diputacion de la Provincia, y las honras fúnebres de personas Reales; y de él salen las procesiones de Jueves y Viernes Santo.

REMIGIO SALOMON.

ORIGEN DE LA COSTUMBRE DE QUEMARSE LAS MUJERES VIUDAS EN EL MOGOL.

Los esfuerzos de los Vireyes y Gobernadores del Mogol, que profesan el Mahometismo, han llegado á minorar el número de víctimas inmoladas á la bárbara costumbre de quemarse las mujeres cuando muere un marido; pero no han bastado para abolirla totalmente: arraigada de un modo especial en varias sectas Banianas, se ven todavía sacrificios de esta especie, y algunas mujeres por huir de semejante crueldad emigran á otros países, pues las que no quieren sujetarse á ella, son objeto de los mas viles escarnios y atropellos, las precisan á cortarse el pelo, que es el castigo mas vergonzoso que se las puede imponer, las obligan á ocuparse en oficios mecánicos y las distinguen haciéndoles vestir una túnica encarnada, traje considerado como de oprobio y desprecio.

Algunos atribuyen el origen de esta costumbre á una antigua ley que se dictó para evitar el que envenenasen las mujeres á sus maridos, la cual prevenia que se quemasen con el cadáver de estos. Creen otros que las mujeres de Brama, ídolo que adoran, sintieron tanto su muerte que no quisieron sobrevivirle y se arrojaron á la hoguera: los Bramines, sectarios de la transmigracion, declararon entonces; que las almas de aquellas heroicas mujeres, habian concluido por este solo hecho, las pruebas que debian sufrir, pasando por varios cuerpos de animales y que habian ido á reposar al paraíso, por lo que se hizo general la costumbre: sin embargo, el verdadero origen de este atentado contra las leyes divinas y humanas, fue sin duda la avaricia de los sacerdotes Bramines, quienes utilizaron el fanatismo y la ignorancia de aquel pueblo y lograron con esta fábula y otras semejantes hacer pasar por punto de religion, lo que no era mas que su codicia: ademas han persuadido al vulgo de que las mujeres que no quieren quemarse con el cadáver de su marido, quedan infamadas, por manera que tan luego como este enferma, acuden los parientes de la mujer, y con las mayores instancias la obligan á que dé palabra de quemarse, cuyo compromiso una vez contraído, no puede revocarse y la quemarian por fuerza si llegado el caso resistiese; así es que la infeliz mujer acostumbrada á la esclavitud de que es objeto por las leyes del país, acosada por los ruegos y lágrimas de los parientes, aterrada con las supersticiosas amenazas de los Bramines é incierta de la muerte de su marido, quien si sanase la maltratada y repudiaria por haberse negado al sacrificio, concluye por aceptar ferozmente el martirio, que en Europa se considera como voluntario.

Para obtener la vénia del Gobernador á fin de que permita esta bárbara ceremonia, es preciso abonar crecidas sumas en particular si la familia es rica y de clase distinguida.

Una vez obtenido el permiso, adornan á la víctima con las mejores alhajas que posee, á las que se agregan las regala-

das por los parientes y amigos, á fin de que la infeliz vaya suntuosamente vestida á la hoguera, al menos así lo aconsejan los Bramines, porque dichos adornos pasan á ser propiedad suya, lo cual basta para demostrar que tan inhumana costumbre, se funda en la avaricia de estos malvados.

La ceremonia principia llevando el cadáver del marido á la orilla del rio mas próximo á la poblacion, en donde preventivamente se construye una glorieta como de seis pies en cuadro, rodeada de leña y paja; seguidamente conducen á la viuda cubierta con un velo, acompañada de todas sus amigas, los sacerdotes y un inmenso gentío, atraído por la estrepitosa música de trompetas y timbales que preceden al séquito, á cuyo son van cantando y bailando varias jóvenes: la viuda vestida con el traje mas rico que tiene y cubierto el cuello, manos, brazos y piernas de ricas joyas, camina lentamente y una vez llegada al sitio designado, se despoja de sus galas, que entrega á los sacerdotes y acompañada de algunas parientas ó amigas, se mete en el agua para bañarse y rezar ciertas oraciones: en el interin, los sacerdotes conducen el cadáver del marido á la hoguera y le colocan debajo de la glorieta; sale luego del rio la mujer y cubriéndose solamente con una túnica, se acerca tambien á la hoguera y dá tres vueltas en rededor de ella, abraza despues á los parientes, quienes la dan el parabien como despedida y sube á la hoguera, pone el cadáver de su marido sobre las rodillas y la dan un hachon encendido para que ella misma prenda fuego.

Los Bramines se postran delante del sacrificio, la víctima les echa la bendicion y despues se retiran, fingiendo grande sentimiento, pero cargados con el botin que arrebataron á la viuda.

Inmediatamente que prende fuego á la glorieta, lo cual se verifica por tres diferentes lados, una turba de hombres de aspecto feo, preparada al efecto, se precipita á tajar la entrada de dicha glorieta con mas leña, á fin de que no se pueda ver á la infeliz viuda y dando fuego por todas partes á la hoguera, prorrumpen en furiosos gritos y alaridos para confundir los quejidos de aquella.

Semejante espectáculo atrae una concurrencia crecidísima, que parece complacerse con tan horrible escena segun aplaude y se agita.

Fuera inútil hacer comentarios y reflexiones sobre una costumbre que solo puede mantenerse entre gentes bárbaras y que prueba hasta qué punto esclavizan, la supersticion y el fanatismo.

EMILIO DE T. MARIT.

CARTA FEDERATIVA DEL SIGLO XIV.

El documento que sigue á estas lineas, y que extragimos íntegro de un manuscrito de los sucesos de aquella época, nos parece bastante curioso y digno de que figure en las columnas de El SEMANARIO, hermoso album que se propone atesorar las curiosidades de España. Da una idea clara de como se encontraba el partido de D. Pedro I cuando sublevadas por D. Enrique algunas ciudades de Castilla, entre ellas la importante de Burgos, se refugió aquel en Galicia, desde donde envió á los nobles asturianos la carta que cita el mismo documento, refiriéndoles las miras del pretendiente y excitándoles á la defensa de sus derechos; carta que fue acogida con toda la exaltada indignacion, hija de su acrisolada lealtad.

Los que concurrieron á la solemne jura, que constituye el indicado escrito, como representantes de los respectivos Señorios, de que tambien se hace mérito en él, eran á la sazón los mas escogidos, como claramente se echa de ver por

sus nombres, aun hoy muchos conocidos en este país, y los pueblos por quienes venían los de mas importancia. Esto parecerá extraño, si se tiene en cuenta que el Bastardo poseía los Condados de *Gijón* y *Noreña*, por haberlos heredado de su ayo D. Rodrigo Alvarez de las Asturias; es decir, era Señor en este principado (que no lo fue hasta que el Rey D. Juan II lo cedió á su primogénito con este título) de las dos poblaciones de consideracion despues de Oviedo. Sin embargo, estas y algunas otras, cuya pequeñez nos obliga á omitirlas, fueron las únicas que siguieron la voz del de Trastámara, cuya bandera ilegítima condenaron los que por su posicion independiente podían seguir los impulsos de su corazón. D. Enrique en persona que conocía la influencia que ejercían en el país algunos caballeros, no se desdénaba de visitarlos y hacerles ventajosas proposiciones, que siempre desairaron, probando así su adhesión al Rey. Contábase entre estos el famoso Diego Menendez de Valdés de *San Cua-* *cao*, que fué uno de los que con Men Rodríguez de Sana- *bria* se vió en la tienda de Montiel (1), en donde D. Pedro murió á manos de su hermano, merced á la célebre traición del caudillo francés Duguesclin, yendo despues á encerrarse en un convento de las inmediaciones de Lago (2), confiscados aquí sus bienes y arrasadas sus casas.

Sucesos que pasaron con anterioridad, prueban por otra parte lo poco que en Asturias dominaba el partido de Don Enrique. Cuando este huye precipitadamente de Sevilla acompañado de Doña Juana Manuel, hermana del señor de Villena, con quien momentos antes se enlazara secretamente, burlando con perfidia las miras del Rey que pensaba unirse á esta ilustre dama, elige estas montañas para ponerse á cubierto de la justa indignación que produciría en el ánimo del Monarca. Llega, y penetrando en el concejo de Miranda (3), ni le reciben ni le ofrecen los servicios que merecía tan alto personaje, creyéndole solo un rebelde, y un crimen de lesa alteza rendirle el debido homenaje. Busca entonces otro pueblo menos leal que le dé hospitalidad y le encuentra en las Regueras, en donde un hijo-dalgo conocido por su carácter benéfico le alojó en su casa, poniendo á su disposición unos cuantos peones para que le sirvieran de escolta hasta Oviedo. Empezó el viaje hácia este punto al otro día, y al tocar ya sus alrededores, fue avisado de que el Gobernador de la ciudad quería apoderarse de él, lo que le precisó á refugiarse en sus fortalezas de *Noreña* (4).

(1) Trelles.—Asturias ilust.

(2) *Carballo* dice que permaneció algun tiempo en dicho monasterio, y que no salió de él hasta que habiendo promovido un palenque en la corte de D. Enrique varios caballeros franceses, partió disfrazado para tomar parte en una lucha, en la que llevaban la peor parte los adalides castellanos. Su arrojo en la demanda salvó el honor de aquellas jornadas caballerescas, pues consiguió abatir la arrogancia de sus contrarios vencidos. Interesado D. Enrique en conocer al esforzado aventurero, le llamó á su presencia. En ella, D. Diego le demandó gracia y el Rey le contestó «que aunque fuera el mismo Menendez de Valdés se la concedería.» Entonces el antiguo soldado de D. Pedro levantó la visera, y desde aquel momento se reconcilió con el Monarca de Castilla, que conociendo su lealtad le nombró adelantado mayor de Asturias, recomendándole últimamente á su hijo el Principe D. Juan, en el sabio testamento que nos legó.

(3) Al pasar D. Enrique la puente de Orbigo le intimaron sus guardias que descubriera el rostro que traía encubierto para conservar el incógnito. En vez de hacerlo aplicó las espuelas á su caballo que partió á un galope rápido. Siguiéronle los deudos que le acompañaban; pero su esposa quedó un tanto rezagada en la carrera, lo que hubo de costarle la vida; porque los guardias, infiriendo malicia de la precipitación de la huida, se avalanzaron sobre los ginetes azuzando unos cuantos mastines que llegaron á hacer presa en el caballo de Doña Juana. Afortunadamente volvió bridas uno de los suyos que dejó muertos un guardia y dos perros, aunque á su vez recibió la muerte de un saetazo.

(4) Los que quedan apenas son bastantes á determinar la forma de su antigua fábrica. Sus muros eran de diez pies de espesor, infiriendo una estensa elevación y por ellos se advierte que tenía la figura de un paralelogramo rectángulo. Rodeando estos muros se observa la cavidad de sus fosos que indican mucha profundidad pues su base debía estar al ni-

vel del río *Nora* que lame la eminencia sobre que se elevaban. ¡Lástima grande que haya desaparecido completamente una fortaleza tan célebre en los anales de Asturias por la rebeldía de sus Condes á la Corona de Castilla! Los primeros disparos de cañón que se oyeron en Asturias se hicieron por mandado de D. Juan II contra sus paredes para desalojar al pertinaz Conde D. Alonso, que de allí se refugió á Gijón, donde su esposa mantuvo un obstinado cerco.

Y si por el contrario miramos adelante, cuando los gritos de la victoria anunciaban que D. Enrique acababa de empuñar el cetro de Castilla, brindando á los partidarios de su hermano con un generoso perdón, los vemos permanecer proscritos, sin aceptarle, perdidas las haciendas que con él podían recuperar, y perseguidas sus personas. Vemos á los que guardaban la muy noble y muy leal ciudad de Oviedo defenderla hasta hacerse fuertes algunos caballeros en sus propias torres, cuando el adelantado Quiñones vino á posesionarse de ella.

Todo esto demuestra, en nuestro entender, que Asturias en su mayor parte no seguía la bandera de D. Enrique como creen algunos, sino la de D. Pedro, con el acrisolado patriotismo que se pudo admirar mejor en los últimos infortunados días de su reinado.

Oviedo.—Octubre 1.º de 1856.

EVARISTO ESCALERA.

»Hermandad, ayuntamiento, confederación ó jura que nos los muy leales; é nobles caballeros, é diputados de las villas y lugares, é Merindades é tercios é Josticias, é Castellánias, é Casas fuertes facemos en pró de nosa ley; é en defensa de noso Rey é natural Señor don Pedro é de nosa grey.

»En el nombre de Dios Padre, que es eterno poder: en el nombre de Dios Hijo, que es eterno saber, é en el nombre de Dios Espiritusanto, que es eterno querer, tres personas diferentes é un solo Dios verdadero inacabable de todo poder, é Criador de todas las cosas que se ven é que no pueden se ver: sin el cual toda creatura non es en sí creatura, é al qual todo home debe dar mucho acatamiento, é amor, é en el qual toda Creatura debe creer, é aguardar el bien de su cuerpos é buen paradero de su Anima cuando finare; é porque todos los homes leales, é fieles, é nobles, é cristianos somos obligados á poner á nosas personas é Vasallos, é tierras é señorios; é á morrer en pró é defensa de nosa ley, é de noso Rey, é de nosa pátria, é de nosa grey, é por bien de todos, é de nosa libértá, per ende á todo su saber, é por nosa voluntad, é obligacion, é buena fama, é fechos, é fieldá á noso Señor, é buen Rey, é natural Señor don Pedro, que muchos é prosperos é muy compridos anos viva é reyne: Nos Diego Menendez de Valdés, é Pedro Menendez de Valdés, hijos del señor Martín Fernandez de Valdés é de doña María de Oviedo, vasallos de S. A. é caballeros de la Casa del Rey, ajuntados en un ser é querer con las villas é lugares, é tercios, é Merindades, é Josticias, é Castellánias, é Casa, fuertes de Llanera, é Llanes, é Onís, é Colunga, é Cabranes, é Cablares, Ponga, Ayer, Lena, Grado, Salas, Valdés, Carreño, Gauzon, Amieba, Babia, La Ciana, el Alfoz, Arcon, la Forcada, San Juan, Castrobrabo, Sebares, Quirós, Prendes, Coianza, Serino, é nos en su nome é con todo su poder, Alvargonzalez de Valdés por Llanera, Rodrigo de Ponsada, por Llanes, Pedro Suarez, por Onís, Sancho Sanchez, por Colunga, Diego de Arguello, por Cabranes, Alfonso Roiz, por Cabrales, Hernando Perez, por Ponga, Suer, Fanjul, por Amieba, Diego Ordoñez, por Ayer, Ilben Bernaldo, por Lena, Pelayo Froilaz, por Grado, Gonzalo Basco, por Salas, Garci Hernandez, por Valdés, Juan Gonzalez de Ponsada, por Carreño, Tristan Gutierrez das-Mariñas, por Gauzon, Menen Pelaez, por Babia, Rodri-Alfonso por la Liana, Menen Sanchez de Castro, por el Alfoz, Gomez Perez, por Arcon, Ramiro Suarez, por la Forcada, Fernan Gomez, por San Joan, Pedro de Castro, por Castrobrabo, Hernan-

del río *Nora* que lame la eminencia sobre que se elevaban. ¡Lástima grande que haya desaparecido completamente una fortaleza tan célebre en los anales de Asturias por la rebeldía de sus Condes á la Corona de Castilla! Los primeros disparos de cañón que se oyeron en Asturias se hicieron por mandado de D. Juan II contra sus paredes para desalojar al pertinaz Conde D. Alonso, que de allí se refugió á Gijón, donde su esposa mantuvo un obstinado cerco.

do de Castro por Sebares, Gutier Bernaldo, por Quirós, Ramiro Suarez, por Prendes Suero Diaz, por Coianza, Bernardo de Parga, por San Pedro y Boiso Solis, por Serino: cá somos muy ciertos é asegurados de que don Enrique é otros poderosos con sus allegados, se revelaron á Dios, é noso Rey, y Señor don Pedro en mucha mengua, é queriéndose alzar con las sus tierras, é rentas, é pechos, é corona, non queriéndole acatar, nin facer sus mandamientos, faciendo ayuntamientos é asonadas, é juntando armas é vasallos, é deudos, é poderío, para facer guerra á dicho Señor Rey, el cual así nos lo envia á decir *por su carta*, é por Suer Pelaez, criado de S. A. pidiendo nos allegásemos á él con todas nosas fuerzas, é vasallos, é criados, é llanzadores, é homes de á pie, é de á caballo, é deudos, é allegados bien armados, é á tal guisa que hagamos por él todas las villas é lugares é merindades, é tercios, é Josticias é Castellánias é casas fuertes de toda la tierra de Asturias; é que fagamos guerra á don Enrique é á sus allegados hasta los allanar, é prender, é matar, é que allanada y quieta toda la tierra vayamos con todas las gentes en pro de S. A. á Galicia, é non fagamos paz nin concordia, nin tregua con don Enrique é los suyos, si non que los desfagamos y arrollemos, fasta los acabar, é prender, é matar, é echar de la tierra é las sus casas, é villas, é poblos, quememos é arrasemos é salemos; cá son traidores é rebeldes á S. A. é á su corona, é se quieren alzar con sus reinos, é habiendo conocimiento de todo, é considerando que en lo facer así eramos obligados á Dios, é al Rey, é á nosa patria como buenos christianos, cuanto á Dios é leales vasallos con el Rey, que á ello la ley, é lealtá, é fieltá nos obliga, cá si non fuéramos enemigos nos non faciendo lo que cumple en pro nosa grey; é para quitar los malos fechos é casos feos en que venríamos si lo non así ficiésemos, é que seríamos en mucho cargo é culpa é non pagabamos lo que eramos tenidos á facer nos los suyo nombrados, en esta iglesia del Monasterio de Santa Maria cabe la ciudad de Oviedo, somos venidos, é allegados, conoscemos, é otorgamos por esta presente carta, nos aliamos, hermandamos é confederamos, é nos queremos allegar, é allegamos nosas personas vasallos é siervos é llanzadores, é tierras é señoríos é todo noso leal poder, á vos el muy esclarecido Señor Rey don Pedro, é facemos jura á Dios, é las palabras de los Santos Evangelios, que con nosas manos tañemos, é prometemos á S. A. de non recular de lo que aqui declararemos, acordaremos, ordenaremos, é prometeremos en pro de la Santa fee de Jeso-Christo, é de nosa tierra é de nosa grey. Lo primero declaramos, acordamos, ordenamos, é prometemos nos los dichos caballeros, por nos é por las villas é lugares de suyo nombradas, é juramos á Dios é prometemos á noso Señor Rey don Pedro con todas las personas de noso poder é que de fuera se nos alleguen, la guerra á don Enrique é á todos los suyos, é allegados, cual traidores, é rebeldes, fasta los matar é prender, é allanar con todas sus tierras, señoríos é fortalezas é casas, é que las quemaremos, é arrasaremos, é salaremos con todo lo que dentro fuere, é tomarlas emos é tendremos á ley de S. A.—Otro si juramos á Dios é prometemos al Señor, Rey, *que así como quemamos en esta foguera que arder ficimos, las bainas de las espadas, así queremos é sofriremos ser quemados ainda que nos dar é allanar á los traidores.*—Otro si juramos á Dios é prometemos á noso Rey, que fasta los prender, é matar é allanar é poner toda la tierra por su alteza no serán posadas nosas armas, é átras non volveremos ni faceremos mas comida nin bebida que pan é carne de baca, é agua, é non tornaremos á morar á nosas casas.—Otro si juramos á Dios é prometemos á S. A. que magüer moráramos una é mil veces non daremos fabla á los traidores nin agua, nin pan, nin vino, nin carne, nin otra comida nin bebida, nin candela, nin llechu, nin soberado,

nin otra cosa.—Otro si juramos á Dios é prometemos á noso Rey, que allanada la tierra é puesta en par, é seyendo por S. A. nos juntaremos á él é á los suyos en Galicia, é darle emos ajuda con toda nosa gente armada.—Otro si juramos á Dios é prometemos, que nos daremos ajuda los unos á los otros é nos allegaremos con toda gente que podamos, ca ninguno de nos haya mengua, nin mal fecho por los traidores.—Otro si juramos á Dios é prometemos á noso Rey, que non daremos plática nin paz á los traidores, sin mandamiento de S. A., é de un ser ó querer, é como dicho Señor Rey ordenare; é que todos seamos en uno é consentidos en ello, ca ensi é bien de todos.—Otro si juramos é prometemos que si alguno de los caballeros presentes, refugare de guardar é comprir, lo que habemos jurado é prometemos facer en esta hermandad, ayuntamiento, é jura, en todo ello, ó en cada qual de sus partes, que los otros caballeros rogarles han con buena razon; é para á lo cumplir é guardar; é si ainda lo refugaren, non se lo consientan ó les fagan facer fuerza, ca, dende aora á los malaventurados; é malditos de Dios, é traidores al Señor Rey é á nosa grey, que la tal maldá menguadamente ficiere é en tan mal fecho afincaren, declararemosles por rebeldes, é alzados contra nos, cual los otros traidores, é faceremos á igual con ellos fasta los prender, é matar é allanar con todas sus tierras.—Otro si juramos á Dios é prometemos, que rescibiremos á nos, é nos hermandaremos é allegaremos con todo noso poder é personas que quieran ser hermandadas, é allegadas á nos á facer esta jura, é homenaje, é á ello requerimos á la ciudad de Oviedo, una, é dos, é tres veces para lo cual así guardar, é tener, é facer todo, é obrar, é comprir conforme va relatado en esta carta de hermandad, ayuntamiento é jura é en todos sus capitulos, Nos los dichos caballeros, por nos, é por las villas é lugares, é tercios, é merindades é castellanias é casas fuertes, los unos á los otros, é los otros á los otros, todos en uno, por nosas personas, volvemos á jurar á Dios é á tocar é tañer é jurar á los Santos Evangelios, é á prometer á dicho Señor Rey don Pedro, (el cual ayudarnos há con su poderío é fuerzas conforme así por su carta prometido nos lo há); que le guardaremos é compriremos é non desfaceremos la jura é prometimiento que fecho habemos: é por mas afincadamente á ello non faltar, facemos en mano del susodicho Suer Pelaez, Caballero, é vasallo é criado de la Cámara del Rey, pleiteria é omenage, de comprir é guardar, todo lo que jurado é prometido habemos en esta Carta de hermandad, conforme en ella va relatado, la cual fué fecha dentro de el Monasterio de Santa Maria á doce de las Kalendas de Noviembre de la era de mil cuatrocientos cinco. (4)—Diego Menendez Valdes.—En el nombre de Dios, Juan su hermano, Pedro su hermano, Alvargonzalez, Rodrigo de Ponsada, Pedro Suarez, Sancho Sanchez, Hernando Perez, Diego de Arguello, Alonso Roiz, Suer Fanjul, Basco, Garci Hernandez, Diego Ordoñez, Ille Bernaldo, Pelayo Froilez, Joan Gonzalez de Ponsada, Tristan Gutierrez das-Mariñas, Menen Perez, Rodrigo Alfonso, Menen Sanchez de Castro, Gomez Perez, Ramiro Suarez, Hernan Gomez, Pedro de Castro, Hernando de Castro Roi Ximeno testigos; E yo Arias Perez notario de mi Señor el Rey lo escribi.—

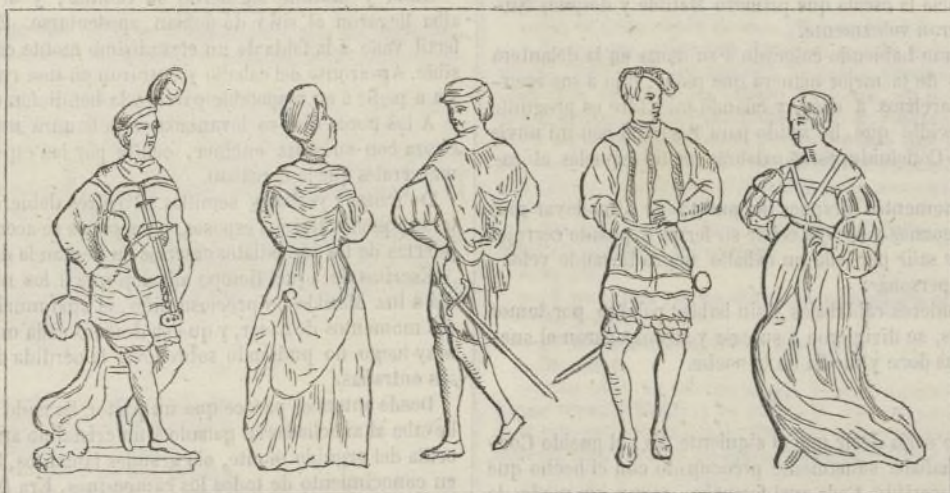
DANZA DEL SIGLO XVI.

Hemos dicho en la página 316 del presente tomo, que en algunos asientos de la sillería del coro de la catedral de Burgos, se ven representadas con embutidos de boj, *parejas que bailan al son del instrumento que toca un músico.* Ahora damos la copia fiel de una de estas danzas, digna de

la atención de nuestros lectores por algunas de las circunstancias que en ella se advierten.

Los trajes y las actitudes de los cuatro que bailan y del músico; el instrumento á manera de viola ó violín, que este

toca, y la manera de tocarle; la elegante silla en que está sentado; la forma en que tienen recogidos atrás, la dama que se ve á la izquierda el vestido, y el caballero que es su pareja las mangas perdidas, son sin duda cosas harto nota-



Danza del siglo XVI.

bles; pero lo es, en nuestra opinion, mucho mas, el conservar los caballeros ceñidas sus espadas en el acto de bailar; lo cual, si por una parte indica que la danza no podia

tener mucho movimiento, demuestra por otra cuan poco tiempo debia estar aquella arma separada de sus dueños.

MANUEL DE ASSAS.

EL MONTE DEL ERMITAÑO,

tradicion popular.

Era una hermosa noche de julio del año 1530. La plateada luna esparcía sus luminosos rayos sobre la antigua ciudad de Córdoba, cuyas estrechas calles yacian sumergidas en sepulcral silencio, que solo de vez en cuando solia ser turbado por el lúgubre graznido de la lechuza ó por los acompasados pasos de la ronda que desde el toque de queda recorria las solitarias calles de la capital. El reloj, de la Inquisicion dió pausadamente doce campanadas: dos individuos colocados ante la fachada de cierta casa principal, situada en el barrio llamado hoy Alcázar-viejo, que á juzgar por el traje que vestian demostraban ser escuderos, entablaron la siguiente conversacion:

Yo apostaria, Anton, (dijo el mas alto de ellos, de tez morena, mostacho y ojos negros y voz algo ronca,) que nuestro señorito D. Nuño, ama á Doña Matilde ciegamente y que su determinacion no tiene mala tendencia.

Por San Bruno, Martin, repuso el interpelado, que no conoces el mundo, ¿crees tu que D. Nuño ama á Doña Matilde como dice?... basta que ciña espada y calce espuela de oro, para que su pasion...

Vaya, vaya, interrumpió Martin queriendo revestir sus palabras de cierta autoridad, D. Nuño obra siempre con hidalguía, y pensamiento villano nunca abrigará su corazon: es aunque jóven persona de juicio, y en fin el tiempo será testigo; pero sabes Anton, que me estoy durmiendo y deseo que llegue cuanto antes.

Pues ya poco ha de tardar, porque el tio Pero tenia orden suya de ensillar el kolkán antes de las doce,—dijo con voz de violín el que parecia mas viejo de los dos interlocutores que era de baja estatura, abdomen prominente, ojos microscópicos y nariz afilada.

¡Mira, allí viene!

¡Es verdad!

¿Y trae al trote el caballo?

Podria no, cuando todo el mundo está ahora en siete sueños y por las calles no transita un alma.

A poco de concluir Anton estas palabras llegó D. Nuño, que apeándose de su brioso corcel dijo con arrogancia os aseguro buenos escuderos que antes de media hora estaré con mi dama á los piés de un sacerdote.

¡Envidio la suerte de vuesa merced! exclamó Anton en tono de sacristan.

—¿La razon?

Porque no encuentro en el mundo dama como Doña Matilde.

Calle, calle, el viejo Maladin, y á lo que vamos, vamos, ¿teneis ya preparada la escala?

Si señor, aquí está, contestaron los dos.

Pues échala al instante, dijo dirigiéndose á Martin, y tu Anton ten mientras tanto las riendas del caballo.

Acto continuo una escala de gruesos cordeles de cáñamo pendia de una tapia de cuatro varas de altura y que caía al jardín de la casa de Matilde. Por ella trepó precipitadamente el temerario D. Nuño y solo un minuto tardó en hallarse sentado bajo la verde yedra y madre selva, que formaban entrelazadas el cielo de un cenador en el centro de aquel poético vergel. No bien hubo llegado á este delicioso paraje, cuando una sombra blanca, con pasos mesurados y ademán majestuoso se acercaba hacia él.

¡Nuño!

¡Matilde!

Hé aquí las únicas frases que se oyeron en aquel instante. Nuño en prueba de su amor puso en contacto sus labios con el nacarado cutis de la mano de Matilde, la cual sobresaltada, no acertaba á pronunciar una palabra: su corazon alterado latia fuertemente.

No, no temas, vida de mi vida, (exclamó Nuño tambien algo conmovido), que dentro de pocos momentos estaremos fuera de la ciudad.

¿Me amas? preguntó la bella virgen con tono que parecía haber salido del fondo de su corazón.

¿Dudas acaso de mis innumerables juramentos de amor eterno?—repuso Nuño con ademan en extremo caballeresco.

Concluidas estas sentimentales frases se dirigieron ambos amantes hacia la escala que primero Matilde y después Nuño recorrieron velozmente.

Este último habiendo colocado á su dama en la delantera del caballo de la mejor manera que pudo, dijo á sus escuderos, «marchaos á casa, y cuando mi padre os pregunte por mí decidle que he salido para Portugal con mi novia Matilde».—Concluidas estas palabras metió espuelas al caballo.

Pocos momentos después la puerta de Almodovar giró sobre sus goznes y se oyó echar su ferreo y pesado cerrojo. Acababa de salir por ella un caballo negro llevando velozmente dos personas:

Los escuderos cabizbajos y sin hablar palabra por temor de ser oídos, se dirigieron á su casa y se entregaron al sueño. Eran las doce y media de la noche.

II.

Escusado sería decir que al siguiente día, el pueblo Cordobés se hallaba sumamente preocupado con el hecho que acabo de describir. Cada cual formaba, según su modo de ver, los comentarios que le parecía.

Unos afirmaban que no habiendo querido los padres de Matilde casarla con D. Nuño por tenerla destinada al claustro en el que debía entrar muy en breve, había sido robada por su amante por casarse con ella. Así opinaban las personas más relacionadas con la familia de Matilde por ser sabedoras de estos pormenores. Y á la verdad querido lector que no fue otra la causa, si es cierto lo que se lee en un róido pergamino de aquella época donde se halla escrito este verdadero hecho.

Otros decían que el motivo de semejante atentado había sido el querer satisfacer su deseo, y que pronto se vería á D. Nuño pasear por la ciudad. Pero así hablaban malas lenguas que juzgaban sin ningunos antecedentes más que su capricho.

No faltó vieja ochentona que afirmase haber visto por un pequeño ventanuco que caía al jardín de Matilde, un zángano descolgarse por las tapias, el cual volando por los aires se la había llevado hacia la huerta del Rey.

Otra vieja vecina contradecía el aserto de la anterior, y sostenía haber visto con sus propios ojos á un apuesto caballero llevarse á la señorita en un alado caballo.

Finalmente un pobre viejo, lleno de preocupaciones, afirmaba con bastante calma que los dos amantes debieron estar sin duda en relación con el demonio, porque á media noche oyó junto á la puerta de Almodovar ruido de cadenas y cerrojos y como abrirse y cerrarse las puertas del infierno.

Pero cesando en la reseña de los infinitos comentarios que en aquel día se formaron, en obsequio á la brevedad diré, que el padre de D. Nuño, persona de alta posición y de edad avanzada, sabida la mala acción de su hijo no pudo sobrevivir á tamaño disgusto; y una fiebre maligna cortó en breves días el hilo de la vida de tan respetable señor; el cual *in articulo mortis* le desheredó por mal hijo dejando todos sus bienes y hacienda á su primogénito, que á la sazón se hallaba en la guerra que el Rey Carlos V hacía á Francisco I.

Los padres de Matilde cayeron en una enagenación mental que se agravaba cada día; y llegó á su colmo cuando después de haber buscado por todos los medios posibles el paradero de su hija no se logró dar con él. Ambos esposos cayeron en un grave delirio que vino á poner fin al número de sus días antes de cumplir el año.

Pero concluyamos esta puntual narración, viendo la suerte que cupo á los jóvenes amantes que en el número anterior dejamos fuera de la ciudad.

III.

Nuño y Matilde siguieron su camino, y al romper el alba llegaron al sitio do debían aposentarse. Este era un fértil valle á la falda de un elevadísimo monte casi inaccesible. Apeáronse del caballo y entraron en una ruinosa iglesia á pedir á su respetable párroco la bendición conyugal.

A los pocos días se levantaba en la llanura una pequeña choza con su cruz encima, oculta por los espesos y altos matorrales que la cercaban.

De frutas, yerbas y semillas silvestres debieron alimentarse aquellos tiernos esposos, pues jamás se acercaron á las puertas de los inmediatos caseríos en demanda de alimento.

Escritos de aquel tiempo afirman que á los nueve meses dió á luz Matilde un precioso niño, el cual murió á los pocos momentos de nacer, y que su desconsolada madre espiró muy luego no pudiendo sobrevenir la pérdida del fruto de sus entrañas.

Desde entonces parece que un pastor llamado Alonso que llevaba al anochecer su ganado á un cristalino arroyuelo á la orilla del erguido monte, oía grandes lamentos, lo que puso en conocimiento de todos los campesinos. Era D. Nuño que postrado de rodillas sobre la tumba de Matilde y de su hijo solía pasar las noches enteras en oración expiando de este modo su delito... lloraba amargamente, y pedía á Dios, á su hijo, y á Matilde perdón de sus pecados...

Dicen, en fin, los autores que D. Nuño sobrevivió á su esposa en aquella soledad cerca de cuarenta años, teniendo una vida eremítica y de verdadero arrepentimiento. Que durante este tiempo los habitantes de aquella feraz comarca cesaban en sus faenas campestres desde que se ponía el sol, porque en aquella hora comenzaban á oír los lúgubres gemidos; que en medio de la noche descendía una sombra fantástica de la cúspide del monte á la cristalina fuente que nacía en su falda; y por último, que al cabo de dicho tiempo cesaron de oír los fatídicos lamentos y de ver la tétrica fantasma; por cuyo motivo apellidaron aquel sitio el *Monte del Ermitaño*, y aun hoy después de más de tres siglos, conserva todavía el mismo nombre.

El *Monte del Ermitaño* se halla situado en medio de Sierra Morena, como á cuatro leguas de Córdoba, en la parte del Noroeste.

Abril de 1836. JUAN DE DIOS MONTESINOS Y NEYRA.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Conclusion.)

Fue para mí tan inesperada esta exclamación de Amparo que me estremecí, y brotaron á mis ojos, sin duda, todos mis enamorados deseos, porque las mejillas de Amparo se coloraron, y pasó por sus labios una indicación de sonrisa inefable.

—¿Conque yo lo soy para tí? añadió; ¿con que has sufrido y has callado y has mentido, como yo he sufrido mentido y callado? conque por una obcecación mútua hemos estado á punto de ser los más desgraciados de la tierra?

—¿Pero ese hombre? ese hombre á quien amas? ese imposible de tu deseo?..

—Ese hombre eras tú, me dijo exhalando en un grito inmenso toda su alma y dejándose caer abandonada y trémula entre mis brazos.

—¡Oh! ¡que feliz soy, añadió sollozando de placer: ¡Dios! ¡y tú!

La memoria es un don funesto.

¡La memoria que nos trae en la desgracia, el encendido recuerdo de la felicidad perdida!

¡Oh! ¡la memoria!

¡Si Satanás no tuviese memoria no estaría condenado!

Después de esto había en el manuscrito que me había entregado mi amigo el loquero del hospital de Zaragoza, algunas hojas rasgadas.

Púsome de muy mal humor esta laguna que aparecía de repente, acaso en la parte más interesante de la historia de aquel pobre loco; y tanto más cuanto en algunos giros de hojas que habían quedado adheridos, se leían algunas frases que demostraban que Luis no había sido muy feliz después de su matrimonio.

Pero para subsanar en cierto modo esta falta, quedaban íntegras más allá de las hojas rasgadas, algunas otras escritas con seguridad, y aun nos atreveremos á decir con reflexión, en estado de razón completa.

Hé aquí aquellas páginas:

He despertado de un largo sueño.

No sé cuánto tiempo ha durado mi sueño.

Pero ha debido de ser largo.

Me he encontrado en una prisión.

Esto es: en un pequeño aposento, cuya puerta demasiado fuerte, tiene una regilla espesa, y al que da luz una ventana con reja que corresponde á un jardín abandonado.

En este aposento he visto algunos muebles modestos y una cama de forma extraña, inclinada, y á lo largo de cuyas maderas hay algunas correas.

Estas correas demuestran, que algunas veces ha habido necesidad de sujetar en aquel lecho á la persona que en él durmiese.

Estando ese lecho en mi aposento, ó yo en el aposento donde está ese lecho, claro es que la persona á que alguna vez se han visto en la necesidad de sujetar, soy yo.

¿Y por qué razón ha podido haber esa necesidad de sujetarme?

Yo no me acuerdo de nada.

Tengo un recuerdo confuso de una noche en que bebí demasiado, en que me escité demasiado, en que ardía mi cabeza, en que me parecía sentir dentro de ella un vacío doloroso.

Recuerdo que entonces tenía yo veinte y cuatro años; que era desgraciado, porque la vida era para mí monótona; porque me había hastiado de todo.

Recuerdo que yo buscaba una vida artificial, en los excesos en el abuso de los licores fuertes.

He debido pasar mucho tiempo sin la conciencia de mi existencia ó mejor dicho, el período de mi existencia cuyos sucesos no recuerdo, ha debido de ser largo.

Porque me he mirado á un espejo que tengo aquí colgado en la pared, y me he encontrado viejo, enfermo, horriblemente demacrado, con todas las señales de la tisis.

He encontrado sobre mi mesa un manuscrito: manuscrito mío: no puedo dudar de ello.

Ese manuscrito me ha dicho que he estado loco, que he soñado.

Que he vivido muchos años, entregado á una pesadilla dolorosa y que despierto para morir.

He recobrado indudablemente la razón.

Al entrar un hombre con mi comida me ha mirado con asombro, y me ha llamado: «señor duque.»

¡Conque ha muerto mi pobre tío!

¡Con que es verdad lo que dice ese manuscrito!

¿Quién sabe?

He preguntado acerca de mí mismo, acerca de mi tío, y nada ha sabido contestarme el director del establecimiento. Un día me trajeron aquí, porque estaba enteramente loco.

Un curador, nombrado judicialmente, ha cuidado de mis bienes, porque yo no tengo parientes.

He mandado llamar á ese hombre.

—¿Qué sabe V. de la causa de mi locura? le he preguntado.

—Nada puedo contestar á V. E., me ha respondido, sino

que fué recogido de las calles públicas por donde V. E. discurría diariamente perdida la razón: ningún pariente se presentó á reclamar la curaduría de V. E. como demente, y esa curaduría se me ha conferido por providencia judicial: V. E. ha recobrado la razón, y estoy dispuesto á darle cuentas.

—No se trata ahora de eso. ¿Soy yo viudo?

—Lo ignoro, señor: en Zaragoza se sabe únicamente que un día llegó V. E. en una silla de posta, procedente de Madrid, á la fonda de las Cuatro Naciones, en donde tomó el mejor aposento: en el pasaporte de V. E. constaban su nombre y su título: muy luego se comprendió que V. E. estaba gravemente enfermo: al cabo su enfermedad se agravó: lo que antes era una monomanía tranquila, se convirtió en una locura furiosa, y fue preciso...

—Bien, bien: pero para reconocer mi título y mi nombre debí identificarse mi persona.

—Si señor.

—¿Y no consta en las diligencias judiciales mi estado?

—No señor.

—¿Y nadie me conocía en Zaragoza?

—No señor.

—Pues bien: es necesario que V. ó otra persona de confianza vayan á Madrid; yo daré á V. ó á esa persona cartas para mis antiguos amigos. Necesito saber un período de mi historia que durante mi enfermedad he olvidado.

Este hombre que es un honrado propietario aragonés, he partido para Madrid.

Pero me temo que cuando vuelva...

Esta tos seca, lenta, sin esfuerzo...

Me he visto obligado á guardar cama.

¡Amparo!

¡Una mujer formada por la educación, sostenida por la virtud, por lo esquisito de su sentimiento!

Esta mujer debe de haber sido un sueño mío.

Esta mujer no ha existido.

Ha sido un hermoso sueño de primavera.

Una horrible pesadilla de verano.

¡Esa mujer!

¿Y si ella hubiera existido?

¿Si no hubiera sido el sueño de un loco sediento de amor?

¡Oh! ¡qué horrible desgracia!

He rasgado la parte más dolorosa de ese sueño ó de esas memorias.

La he rasgado y la he quemado temeroso de volver á la locura si leo mucho ese fragmento horrible.

Pero su recuerdo está fijo en mi memoria.

Un día entré yo en mi casa, como suele entrarse por casualidad, sin ser notado.

En el gabinete de mi mujer hablaba un hombre.

Uno de mis mayores amigos.

Pretendía una cosa horrible.

Pretendía que ella me hiciera traición.

Yo maté á aquel hombre.

Le maté como mata un caballero á un infame que le ha ofendido.

En duelo, con peligro de mi vida.

Todo esto ha debido ser un sueño.

¡Pero qué sueño tan horrible!

Y sino ha sido sueño, ¡Qué verdad tan aterradora!

Parece que Dios me ha dicho:

»Tu dudaste de mí, y me negaste al cabo.

»Yo tuve compasión de tí, y te envié en Amparo un ángel de redención;

»Después te sujeté á una prueba;

»Te hice sufrir una injuria;

»Tu no supiste perdonar la injuria y levantaste tu mano armada contra un hombre y le mataste.

»Tu no eras merecedor de la felicidad.

»El ángel que yo te había dado vió sangre humana en tu frente y se horrorizó de tí...

»Y el horror le mató.

»Le mató como un tósigo lento.

»Y el hijo, el hermoso hijo que el amor de Amparo te ha-

bia dado, privado de la ternura de su madre murió también...

«Y tu enloqueciste.

»Y como Cain el maldito fuiste separado de tus hermanos.»

Si esto ha sido verdad... ¡Oh Dios mío! tu justicia ha sido severa; severa é implacable.

Si ha sido un sueño, ¿para qué me has dado ese ardiente sueño, Dios mío, ese sueño escrito por mi mano, que me hace dudar, que me envenena el alma?

¿Será acaso ese sueño un castigo á mi impiedad, á los impuros desórdenes de mi juventud?

¡Cuánto tarda ese hombre que ha ido á Madrid!

Me siento cada día mas débil.

Cada día escribo con mas dificultad.

Ignoro si podré concluir.

Escribo estas últimas líneas en el lecho.

Apenas tiene fuerza mi mano para sostener la pluma.

Tal vez ese hombre no llegue á tiempo.

Oídme por la última vez:

No dudeis de Dios: si sois desgraciados aceptad resignadamente la desgracia: si Dios os da la felicidad no os bagais indignos de ella: y nunca, oyendo la voz de vuestras pasiones, siguiendo á ese fantasma que se llama honor, echéis sangre sobre vuestra frente; sufrid y perdonad, no sea que os pregunte Dios cuando en un momento de desesperacion le pidais cuenta de vuestra desgracia:

¡Cain! ¿qué has hecho de tu hermano Abel?

Aquí concluian las memorias del loco.

Tuve la tentacion de esclarecerlas, pero me detuvo el temor de encontrar en el esclarecimiento de estas memorias algo demasiado horrible.

Si hemos presentado á nuestros lectores una obra incompleta, perdonémos, porque no hemos podido hacer mas.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

ANACREÓNTICAS DE JACOBO VITTORELLI.

traducidas

POR DON JOSE GONZALEZ DE TEJADA.

I.

Si entre silvestres ramos,
la luz de tus luceros,
ó rosas ó jazmines,
produce con su fuego;

Si blando cefirillo
volando va á tu encuentro,
y en agitar se goza,
Irene, tus cabellos,

Si verdes yerbecillas
alfombran tu sendero,
la huella de tus plantas
en galardón pidiendo:

Sabe que, gracias solo
á Amor, el niño ciego,
yo soy, graciosa ninfa,
flores y yerba y céfiro.

II.

Ya el mes se va acercando
que agrada á Citerea,
y montes y llanuras
despiertan y se alegran.

El tulipán se estiende,
y pálidas violetas
cual virgencitas castas
asoman entre yerba.

Los rojos botoncillos
el verde arbusto alegran,
y olor, frescura y vida
respiran las florestas.

Todo en el tiempo brota

de la estacion que llega;
solo amor en tu pecho
no brota en primavera.

III.

Salve dichoso plátano,
que un día yo plantara,
el mas feliz de todos
los que hasta el cielo se alzan.

¿Por qué tan pronto estiendes
la pompa de tus ramas,
y nunca tempestades
tus galas despedazan?

En tu corteza aun verde
grabé el nombre que guardas,
y lejos de tu tronco
los huracanes lanza.

También ¡ay! en mi pecho
amor me le grabara,
y dentro sin embargo
se agitan las borrascas.

IV.

Escucha, ingrata un sueño
de la pasada noche:
llegar de Alfesibeo
al antro pareciome.

De Alfesibeo el sábio,
que si su cetro coje,
las olas alborota
y anubla el horizonte

«¡Padre, grité, mi seno
acerba herida rompe:
dadme una yerba mágica
que aplaque mis dolores!»

«De la que adoras huye,
el sábio respondiome,
que para ti otras yerbas
no tengo yo mejores.»

V.

¡Qué azul está la noche!
¡qué cándida la luna!
las hojas no se mecen,
las auras no susurran.

El ruiseñor tan solo
de rama en rama cruza,
y, suspirando amores,
á su pareja busca.

Ella que le oye apenas,
ya viene y va confusa,
y «aquí estoy no me llores»
parece que murmura.

¡Oh Irene cuanto afecto!
¡oh cuanto amor anuncian!
¡ay! tú tan dulcemente
no me respondes nunca.

VI.

No al túmulo te acerques
que encierra mis cenizas:
sagrada es esta tierra
á mi dolor benigna.

Desprecio ya tus lágrimas,
tus frescas siemprevivas;
¿de qué el llanto á los muertos?
¿de qué las florecillas?

Cuando entre afán y penas
pasé mi triste vida,
entonces si debiste
compadecirme, impía.

¿A qué con llanto inútil
el bosque en torno agitas?
respetas mas mi sombra,
y duermes ya tranquila.

Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.
Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENE,
calle de la Union, 3, bajo.